

—Lucrecia, ablándate.

—¿Tienes encargo suyo de ablandarme?

—Sí.

—Pues debieras comprender lo inútil de tus esfuerzos y no molestarte ni molestarme con lo inútil de tus empeños.

—El diablo anda suelto en esta casa.

—No el diablo, el infierno.

—Y eso que hace noches no ha vuelto el fantasma.

—Es verdad, no ha vuelto.

Repitió Lucrecia con profundísima tristeza.

—Virgen María, exclamó Brígida, madre de los huérfanos, consuelo de los afligidos, refugio de los pecadores, te prometo, aunque me saliera un novio, no casarme.....

Lucrecia, apesar de su tristeza, no pudo contener una carcajada, al oír tan extraña promesa, carcajada que desconcertó al pronto á Brígida, pero que no le impidió continuar luego en la enumeracion de sus promesas.

—Prometo, aunque me saliera un novio, no casarme; y consagrar mi virginidad á Dios; y poner una lámpara ante tu imagen mientras viva, y subir á la Iglesia de Fiesole á pié descalzo, y bajar al sepulcro de San Zenobio, y ayunar dos cuaresmas, y darme de azotes, y vestir siempre de sayal, y renunciar al colorete y á los tintes del pelo y cejas, si protejes y salvas de una desgracia á mi Lucrecia.

En esto apareció el padre, y haciendo una seña imponente, obligó á Brígida á que lo dejara solo con su hija. El caballero Butti, recién elevado á la alta categoria de magistrado florentino, llevaba la magestuosa vestidura de su cargo: breve sotana de paño negro, forrada toda de raso por dentro y abierta por delante; túnica de brocado matizada de colores varios, aunque todos bajos, el cinto de seda al cuerpo, las calzas de estameña, las sandalias de terciopelo, la ancha y sencilla gorra de los viejos. Junto á este traje severo y magestuoso, resaltaba el traje de casa llevado por Lucrecia: una veste de seda azul y de larga cola; una sobre-veste de lana blanca bordada por los extremos con ligerísima bordadura de oro; un collar de gruesas perlas á la torneada garganta; el cabello cayendo en desorden sobre los hombros; y las manos ocupadas por un címbalo que cogiera de pronto, viendo entrar á su padre, para fingir tranquilidad, címbalo á cuya superficie arrancaba suaves melodías.

—¿Lucrecia?

—Señor.

—¿Me quieres?

—Os idolatro.

—Pues óyeme.

—Os oigo, Señor, y creo en vuestra voz oír la voz misma del cielo.

—¡La voz del cielo, y me desobedeces!

—Yo no os desobedezco.

—Lucrecia.

—Padre mio, si necesitais mi vida, está aquí mi vida. Si necesitais mi alma, ahí está mi alma. Yo no tengo ni puedo tener otra voluntad mas que la voluntad de mi padre. Decidme, pues, qué necesitais de mí.

—Necesito tu felicidad.

—¿No es verdad? La necesitais. Ya lo creo. Como que habeis dado la vida á vuestra hija y no podria concebirse que amargarais esa vida. El cielo os colme de bendiciones.

—Quiero verte poderosa.

—No hay poder que me satisfaga en este mundo como la influencia ejercida en el corazon de mi padre.

—Quiero verte rica.

—Las riquezas, que vuestro comercio y trabajo me han procurado, bastan á todas mis necesidades.

—Quiero que al pasar por los salones inclinen los caballeros sus cabezas y se mueran las damas de envidia.

—No deseais tales cosas á vuestra hija, no. Deseadle mas bien el hogar tranquilo, el completo olvido de todas las pasiones, un compañero que la proteja y que la ame, una vida oscura y modesta, única donde la felicidad puede anidarse.

—Lucrecia ¿no alcanza á cautivarte el castillo en los altos riscos, los puentes levadizos; la legion de cortesanos que te saluden de continuo y te circunden; vasallos en el polvo de la plebe, rivales en la corte de los príncipes, una corona feudal en las sienes, un territorio sobre el cual ejerzas jurisdiccion bajo las plantas, el amor completado por la grandeza y por el poder.

—Oh, no. Esas son satisfacciones para los hombres que combaten y en los combates gozan; para nosotros todo eso es inútil. Mas que la suerte de gran señora en su castillo, envidio la suerte de pobre campesina que vive en el contento de modesto retiro, bendecida por su padre, amada de su esposo, con un banal lleno de flores y de frutos á la puerta, sin cuidados y sin envidias ni dentro de sí misma ni á su alrededor, alabada por sus vecinas, querida de todo el mundo, y consagrada al trabajo. En esas altas tempestades á que vosotros aspirais no respiramos nosotras, necesitadas como el débil arbusto, de las auras, y demasiado débiles para resistir á la furia de los vientos. Yo, que soy mujer, muy mujer, quiero una felicidad propia de mi naturaleza de mujer.

—Abreme el corazon, hija mia, no me trates como á un padre que ha re-

cibido la patria potestad ó de la ley longobarda ó de la ley romana, tratame como á un jóven amigo.

—Señor, me inspirais la ternura que podria inspirar me una madre junto con el cariño y la confianza que pudiera inspirarme un hermano, sin que por tantos afectos tiernos perdais sobre mí la impresion y religiosísima autoridad de un padre.

—Confíate á mí.

—Preguntad.

—¿Has amado alguna vez?

—Nunca.

Dijo Lucrecia poniéndose colorada como la grana.

—¿Me engañas? Engañas á tu padre?

—He amado indecisamente; he amado á séres ideados allá en mi fantasía misteriosa como los ensueños.

—Amores inspirados por las letras, amores de soneto, amores de novela.

—Como querais, padre mio.

—Ese maldito afan de leer te ha perdido para la realidad de la vida. Ves el mundo como á través de nubes de poesía, y por consecuencia no ves cuanto importa en el mundo sumar la ambicion al amor.

—Lo que sí puedo deciros, padre, es que amores así no tienen nube alguna capaz de empañar su pureza.

—Ya se vé; como que no pertenecen á la tierra, á esta baja tierra.

—¡Ah!

—En fin, ya me canso de rodeos; hay que casarte. Yo no oigo ni réplicas ni observaciones.

—¿Quién habla, el padre que me invitaba á la franqueza fraternal, ó el padre, vestido de magistrado, y que viene á imponerme sumisiones á sus arbitrarios mandatos, arrogándose facultades sobre el sentimiento que ni á mí misma puede obedecerme, y que solo obedece á Dios?

—Lucrecia ¿dónde se ha ido la sumision que hace poco me jurabas?

—Padre, ¿dónde se ha ido el cariño que ahora mismo me ofreciais?

—Guido te ama.

—Pues yo no le amo á él.

—Porque no te propones amarlo.

—Me lo he propuesto mil veces y mil veces me he convencido de que el sentimiento no obedece, no, á los propósitos de la voluntad.

—Tambien se domina al corazon.

—Sacad este mio del pecho, sacadlo palpitante, y si recorreis sus fibras y pesais las gotas de su sangre, no encontrareis ni un aliento de ese amor, al cual deseais que yo obedezca.

—Confundes lo que imaginas con lo que sientes. Tomas las fantasias y

las exaltaciones de tu inteligencia por la palpitacion de tus entrañas. Asi como crees lo que no puede ser, tu amor á séres sobrenaturales, desconoces lo que es, la posibilidad de amar á un sér como Guido, perfecto dechado de caballeros en Italia.

—Padre, ¿quereis que os engañe? ¿Quereis que os diga lo contrario de lo que siento? ¿Quereis que os falte y falte tambien á Dios? Yo, padre, declaro lo que pasa por mí; ahora proceded en consecuencia. Mandad y obedeceré; mil veces lo he dicho. Pero si me mandárais á la muerte ¿os indignaríais contra vuestra hija, porque os dijera que amaba profundamente la vida?

—Lucrecia, Guido no puede resistir á los dolores y á los males que le ha traído su herida, mezclados con los dolores que le ha traído tu desden.

—Padre mio, para las heridas de su cuerpo siempre habrá algun bálsamo en la medicina y para las heridas de su alma algun calmante en otro amor.

—No. Sin tí muere.

—Y con él muero yo.

—El tumulto de tus pasiones oscurece la natural claridad de tu percepcion.

—Padre, apiadaos de mí.

—Hija, apiádate de aquel desgraciado.

—Padre, que es condenar á muerte á este pedazo de tu corazon, á este aliento de tu alma, á tu Lucrecia.

—Hija, que tu negativa condena á muerte al mas cumplido caballero de Toscana. Y en sus brazos está el honor mas grande, la felicidad mas intensa, el aumento de nuestros blasones y de nuestras riquezas.

—¿Teneis decidido el sostener esta porfia?

—Hasta que logre vencerme.

—Padre, me dirijo á vuestro corazon.

—Mi corazon dice que hago tu felicidad.

—Me dirijo á vuestra conciencia.

—Mi conciencia corrobora todas mis determinaciones.

—Por última vez pido que me mandeis ese casamiento.

—Te lo mando.

—Repetidlo.

—Te lo mando.

—Obedezco.

—¡Lucrecia! ¡Lucrecia!

—Señor.....

—¿Me he equivocado?

—¿En qué?

—¿En lo que he oído?.....

—¿Qué habeis oído?

—Que obedeces.  
 —Sí.  
 —¿Luego te casarás?  
 —Me casaré.  
 —¿Luego serás de Guido Montaperto?  
 —Seré de quien queráis.  
 —¡Hija mía!  
 —Padre...  
 —Apenas puedo dar crédito á mis oídos.  
 —Pues ya os he dicho cuanto habia de deciros.  
 —¡Brígida! Ursula! Peppino! Laurencio!  
 Y Butti gritaba como si estuviese fuera de sí.  
 —Señor, señor.  
 Decian los domésticos entrando.  
 —Lucrecia se casa.  
 —¡Oh alegría!  
 Gritaba un criado.  
 —¡Oh felicidad!  
 Gritaba otro.  
 —¡Oh padre afortunado!  
 Decia éste.  
 —¡Oh Lucrecia feliz!  
 Decia el otro.  
 —Repítelo á la familia como lo has dicho á tu padre.  
 —Hágase vuestra voluntad, padre.  
 —Repite que te casas.  
 —Me caso.  
 —¡Gracias sean dadas á Dios, aunque ya no puedo casarme!  
 Dijo Brígida.  
 —Voy á decírselo á Guido, que resucitará como Lázaro.  
 —Id á decírselo en buen hora.  
 Dijo Brígida.  
 —Hay que avisar á San Giovanni.  
 —Avisaremos.  
 —Hay que celebrar la mas ruidosa boda de Florencia.  
 —Así sea.  
 —Hija mia, ahora te reconozco, ahora veo que eres sangre de mi sangre, hueso de mis huesos, alma de mi alma. Dame un beso como cuando estabas en la cuna. ¡Qué hermosa! ¡No se han de perder por ella los primeros galanes de la tierra? ¡No han de venir á buscarla hasta las almas del purgatorio? ¡Feliz vas á ser! ¡Qué felicidad vas á dar á tu padre, á tu anciano padre! Tendrás castillo, siervos, corte, condottieros, mesnada. Las

gentes que te encuentren te tomarán por una reina. ¡Y mi hija se resistia á tanta felicidad! La vida del castillo, los grandes salones, las altas torres, los hondos fosos, los puentes levadizos, el torneo en la plaza de armas, la corte de amor en el salon heráldico, las artes, la guerra, cuando la guerra viene, todo es grande, todo es hermoso. Y de todo vas tú á gustar, hija mia. Y en todo vas á ver como tu padre ha presentido la dicha que la suerte en sus arcanos te reservaba. Hija obediente, blanca paloma sin hiel, corazon de mi corazon, serás amada como jamás lo ha sido ninguna mujer, y tu padre será feliz como jamás lo ha sido ningun hombre. Voy á reunir el consejo de familia, voy á noticiarlo á toda Florencia. Otro, otro beso, ¡hija, hija, hija mia!

Y se fué con una ceguera y una alegría tal que tropezó en varios objetos. Y así que se fué dejóse caer Lucrecia sobre un sitial, ocultó su rostro entre las manos y dando un larguísimo sollozo, dijo.

—¡Dios mio! imposible que yo consumiese ese gran sacrificio.